

BREVE HISTORIA DE LA BELLE ÉPOQUE

Ainhoa Campos Posada



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Belle Époque*

Autor: © Ainhoa Campos Posada

Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2017 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: Marthe Régnier en un automóvil con chofer (1904-1908). Postal n.º 2000. Antigua colección de Robert Tupin. Bibliothèque d'Étude et de Conservation-Archives municipales de Besançon, Francia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-811-5

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-812-2

ISBN edición digital: 978-84-9967-813-9

Fecha de edición: Abril 2017

Impreso en España

Imprime: Liber Digital Impresión

Depósito legal: M-6572-2017

*Qué afortunados somos de vivir
el primer día del siglo XX.*

Le Figaro, 1 de enero de 1901

Índice

Introducción.	11
Capítulo 1. El entierro de una época	15
La política ya no es lo que era	18
El despertar de las masas	28
Voces en contra, voces a favor	35
Capítulo 2. Las chimeneas del progreso	47
Una revolución que lo cambió todo (o varias)	48
La vida en la ciudad	62
Locos por las compras	78
Capítulo 3. Del cancán a la cama	85
Matando el tiempo	86
El sexo, un tabú salvaje	100
Los juicios de la infamia	109
Capítulo 4. Letras, electrones y balas de fusil	115
El mundo al alcance de un par de pedales	117
Viajar sin viajar	128
Tecnología oscura: la producción de armas	135

Capítulo 5. La gran competición	145
<i>Mens sana in corpore sano</i>	145
La aparición de la nueva mujer... y la reacción del hombre antiguo	154
Serás un hombre, hijo mío	169
De la fe y la razón	174
Capítulo 6. La lucha de clases mueve el mundo	181
Los parias de la Tierra	184
Pistolas negras	192
El palo y la zanahoria	203
Capítulo 7. La pistola de madame Caillaux	207
¿Una sociedad violenta?	212
El apogeo del uniforme	221
Unidos por la paz	228
Capítulo 8. Susurros en Whitehall	237
La guerra, de pecado a herramienta	239
Codazos bajo el sol	246
Una peligrosa competición	256
Capítulo 9. El síndrome de la bola de cristal	279
El futuro como paraíso... y el futuro como pesadilla	281
Los antídotos de la decadencia	289
Sangre y banderas	296
Epílogo. Senderos de gloria	303
Bibliografía	307

Introducción

Era 1930. El intelectual alemán Stefan Zweig paseaba lentamente por las calles de Londres cuando un súbito rumor formado por voces infantiles le despertó de su ensimismamiento. Era la hora del fin de las clases, y una pequeña multitud de muchachos y muchachas había empezado a salir de la escuela alborotadamente, hablando sin parar unos con otros, sin correr pero a buen paso, como si no pudieran esperar para despedirse por un día del edificio en el que la mañana transcurría de una clase a otra.

Algo llamó poderosamente la atención de Stefan. Algo que para nosotros, habitantes del siglo XXI, es tan cotidiano que no se nos pasa por la cabeza reflexionar sobre ello. Los jóvenes, chicos y chicas, hablaban entre ellos con naturalidad, intercambiaban miradas cómplices y mohines de pretendida indignación ante las bromas.

El contraste con la infancia y juventud de Stefan no podía ser mayor. Acudió a una escuela vienesa sólo para chicos, creció rodeado de sus iguales y desdeñó con ellos la compañía femenina, considerada intelectualmente inferior a la que podían proporcionar los hombres. Chicos y chicas iban a clase por separado, jugaban por separado, aprendían su papel en el mundo por separado. Cuando llegó la pubertad, el abismo que la sociedad había instalado entre los dos sexos parecía infranqueable. Las mujeres de la burguesía, educadas en la ignorancia sobre todo lo relativo al sexo, debían llegar vírgenes al matrimonio si querían conservar el honor. Los hombres de la burguesía podían desahogar discretamente sus necesidades sexuales con las profesionales del ramo, que no tenían ningún honor que salvaguardar.

Un sistema en el que habían vivido las generaciones anteriores a Zweig, y en el que, todo indicaba, vivirían las siguientes. Pero, en el lapso de una generación, todo empezó a cambiar. Para Stefan, «en ninguna otra esfera de la vida pública se produjo un cambio tan radical como en el de las relaciones entre los dos sexos». A ojos del austriaco, las mujeres del nuevo siglo eran incluso más guapas que sus predecesoras, ahora que ya no escondían sus formas femeninas, que caminaban con seguridad y se relacionaban con naturalidad con el sexo opuesto. Así lo expresó en su libro *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*.

La juventud de Stefan Zweig tuvo lugar en una época en la que los cambios radicales, como el de la relación entre los dos sexos, se convirtieron en algo cotidiano. Entre 1890 y 1914 se transformó el modo en el que se hacía la política; progresaron la economía, la tecnología y la ciencia; las ciudades crecieron enormemente; aparecieron el consumo y el ocio de masas; se pusieron en cuestión los valores tradicionales; las mujeres empezaron a demandar

la igualdad y los trabajadores clamaron de mil maneras por la justicia social.

Zweig, un burgués acomodado que tuvo la posibilidad de viajar y conocer mundo, que habitó las ciudades más bulliciosas del momento y se codeó con las grandes personalidades de la época, vislumbró y participó en estos cambios antes que los sectores desfavorecidos de la sociedad. Para un campesino de un pueblo perdido de Francia, la vida era muy parecida a la que habían experimentado sus tatarabuelos. Los cambios se dejaron ver antes en países avanzados como Inglaterra o Alemania que en las atrasadas Rusia y España y estimularon la vida urbana mientras apenas rozaron las zonas rurales. Sin embargo, incluso para nuestro campesino francés, las noticias de los descubrimientos fabulosos y la preocupación por los peligros que representaba el mundo moderno eran el pan de cada día.

Stefan nació en un mundo que parecía completamente sólido, pero para 1914 toda esa solidez se estaba disolviendo en el aire. Entonces llegó la Gran Guerra, que aceleró los cambios; pero éstos ya habían empezado a trastocar el orden establecido décadas antes.

La terrible guerra mundial también alteró la forma en la que se veía el pasado. Cuando las generaciones que vivieron la guerra echaron la vista atrás, idealizaron toda la etapa anterior al conflicto. De ahí que desde entonces la conozcamos como la Belle Époque. Pero si uno se acerca a este período apartando la sombra que proyecta la guerra, se da cuenta de que la Belle Époque tuvo sus luces y sus sombras. La sociedad de entonces era una sociedad convulsa, en la que los acontecimientos políticos se aceleraron, se erigieron barricadas y se reprimieron huelgas, se asesinó a cabezas de Estado y se perpetraron terribles masacres. Pero, a la vez, avanzaron la educación y los valores, aparecieron inventos que

facilitaron la vida de las personas, que vivían más y mejor que sus antepasados.

Era un mundo, en definitiva, lleno de contradicciones. Un mundo cuyo aire podemos respirar, porque se parece mucho al del siglo XXI. Nosotros vivimos en una era en la que el cambio es constante; los progresos de la ciencia, que se acumulan año tras año, ya apenas nos sorprenden. Vivimos una vida urbana o marcada por las pautas urbanas, en la que la luz eléctrica borra la diferencia entre el día y la noche, en la que disfrutamos de tiempo de ocio y nos dejamos llevar por el consumo. Vivimos un momento histórico en el que nos parece paradójico que el progreso material del que disfrutamos no lleve aparejado el progreso moral.

Así empezaron a vivir los protagonistas de la Belle Époque, nuestros antepasados. En su mundo están escondidas las raíces del nuestro.

Este libro es un viaje para descubrirlas.

1

El entierro de una época

El siglo xx nació el martes 1 de enero de 1901. Pocos días después, moría en su cama la reina Victoria. La monarca abandonaba el mundo casi a la par que el siglo del que había sido símbolo. Joven y enérgica, accedió al trono en 1837, cuando aún no había llegado a contar veinte primaveras. Octogenaria, acosada por el reuma y con los ojos cegados por las cataratas, lo abandonaba sesenta y tres años más tarde por la única causa que entonces se consideraba legítima para aparcarse la corona.

El fastuoso funeral de la reina más poderosa de Europa tardó seis semanas en organizarse. Cuando llegó el momento, las cámaras de Pathé y Lumière, las productoras más importantes de la época, lo captaron todo. Los majestuosos caballos de los regimientos más antiguos del ejército británico abrían el camino marcando el paso. Les seguía un larguísimo desfile de



El entierro de la reina Victoria en 1901 parecía el de toda una época. Pero las cosas ya habían empezado a cambiar antes de su muerte.

guardias reales ingleses, ataviados con su tradicional traje rojo y su peculiar sombrero revestido de piel de oso. Su paso marcial contrastaba con el caminar desacompañado de los dignatarios internacionales, sombrero de copa en las cabezas.

No faltaban en la comitiva miembros de la realeza europea. Acompañaban al féretro a pie, en riguroso orden de importancia. Los primeros eran los hijos de la emperatriz fallecida: el nuevo rey de Inglaterra, Eduardo, y su hermano, el duque de Connaught; acompañados por el mayor de los nietos de Victoria, el káiser Guillermo de Alemania. A poca distancia les seguían los reyes de Portugal, de Grecia, de Bélgica, cinco príncipes coronados y catorce princesas. La mayor parte de ellos eran familiares de la reina que, no nos debe extrañar, era conocida como «la abuela de Europa». Tanta acumulación de sangre azul impresionaba a la gran cantidad de gente que abarrotaba las calles, dispuesta a despedirse de su soberana.

Victoria había querido despedirse de este mundo con las dignidades militares que como hija, esposa y madre de soldados creía merecer. El carro que lentamente llevaba su féretro hacia la capilla de San Jorge era una carreta de transportar cañones. La poderosa reina quiso llevarse consigo al otro mundo varias pertenencias de

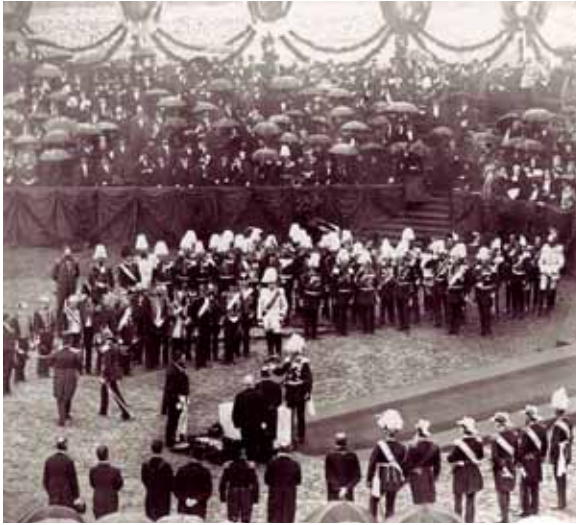
Robert Cecil, marqués de Salisbury, era el símbolo de la política tradicional. Estuvo a la cabeza del último gabinete enteramente aristocrático de la historia de Gran Bretaña.



alto. Todo esto evitaba que fueran elegidas como representantes políticos todas aquellas personas que tuvieran que trabajar cada día para poner un plato de comida en la mesa.

El círculo de privilegiados que tenía en sus manos el destino de la nación era muy reducido. Entre los ministros, siempre había familiares, compañeros de escuela, cuñados. Y no porque se practicara el nepotismo, sino porque esa élite se había educado en las mismas instituciones, había entablado relaciones de amistad, se había casado. Eran tan pocos aquellos con posibilidades a acceder a los altos cargos del gobierno, que era prácticamente imposible que no hubiera conexiones entre ellos.

El privilegio no se mostraba sólo en los cargos. La diferencia era incluso física. Cinco de los ministros de Salisbury eran más altos que la media de sus compatriotas. Todos menos dos llegaron a vivir setenta años, siete consiguieron cumplir los ochenta y dos tuvieron la suerte de ser nonagenarios en un tiempo en el que la esperanza de vida de un hombre en el momento de nacer era de cuarenta y



En 1884 se colocó la primera piedra del nuevo edificio del Parlamento alemán, el Reichstag. Los regímenes autoritarios como Alemania tenían que dotarse de apariencia democrática para ir con los tiempos.

la ópera, las clases trabajadoras se organizaban en partidos y sindicatos, participaban en huelgas y manifestaciones. La movilización de los no privilegiados había comenzado antes, pero alcanzó escalas jamás imaginadas durante la Belle Époque. Se difundieron ideologías como el marxismo y el anarquismo, cuestionando todas ellas del orden establecido, soñando con regímenes nuevos y más justos.

La política tomó un color que no tenía antes. Algunos políticos tradicionales, como el propio lord Salisbury, se dieron cuenta de ello. Las masas habían entrado en la política, pero lord Salisbury tenía una clara línea roja: los privilegios de la aristocracia. El primer ministro del gobierno de 1895 no estaba dispuesto a renunciar a ellos. Muchos otros lores británicos opinaban igual y, mientras el Parlamento fue otro de sus clubes privados, mientras el gobierno de la nación estuvo en sus manos, todas las medidas que tomaron para mejorar la situación de las clases trabajadoras se mantenían lejos de esa línea roja. A partir de 1895, sin embargo, a causa de los cambios que estaban transformándolo todo en la Belle Époque, no sólo las clases medias entraron en la Cámara de los Comunes; también lo hicieron personas de orígenes humildes que,

El papa León XIII adoraba el Vin Mariani. ¿Qué mejor propaganda podía tener una empresa?

MARIANI WINE

MARIANI WINE Quickly Restores HEALTH, STRENGTH, ENERGY & VITALITY.

MARIANI WINE FORTIFIES, STRENGTHENS, STIMULATES & REFRESHES THE BODY & BRAIN.

HASTENS CONVALESCENCE especially after INFLUENZA.

His Holiness THE POPE writes that he has fully appreciated the beneficial effects of this Tonic Wine and has forwarded to Mr. Mariani as a token of his gratitude a gold medal bearing his august effigy.

MARIANI WINE

is delivered free to all parts of the United Kingdom by WILCOX & CO., 23, Mortimer Street, London, W., price 4/- per Single Bottle, 25/- half-dozen, 45/- dozen, and is sold by Chemists and Grocers.

ilustrado, vendía cada día un millón de ejemplares. Los kioskos británicos tampoco se quedaban atrás, y ofrecían a sus clientes una enorme variedad de publicaciones que abarcaban todo el espectro de opinión. El *Daily Mail*, que nació en 1896, se vendía a un precio de medio penique y se anunciaba como «el diario del hombre ocupado». Debía haber muchos hombres ocupados, ya que este diario descaradamente sensacionalista tenía una tirada de medio millón de ejemplares. En el Berlín de fin de siglo circulaban unas seiscientas revistas de diversos tipos y frecuencias, y el *Berliner Morgenpost* contaba con doscientos mil suscriptores. Incluso en países más atrasados como España hubo una explosión de publicaciones en esta época: en el Madrid de 1914 se publicaban alrededor de medio millón de ejemplares de periódicos y revistas. Al mismo tiempo, el periodismo estaba dejando de ser una ocupación reservada a las élites; cada vez más personas de clase media se convertían en periodistas.

La prensa occidental experimentó en esta época una verdadera revolución. Como ocurrió con muchos de los



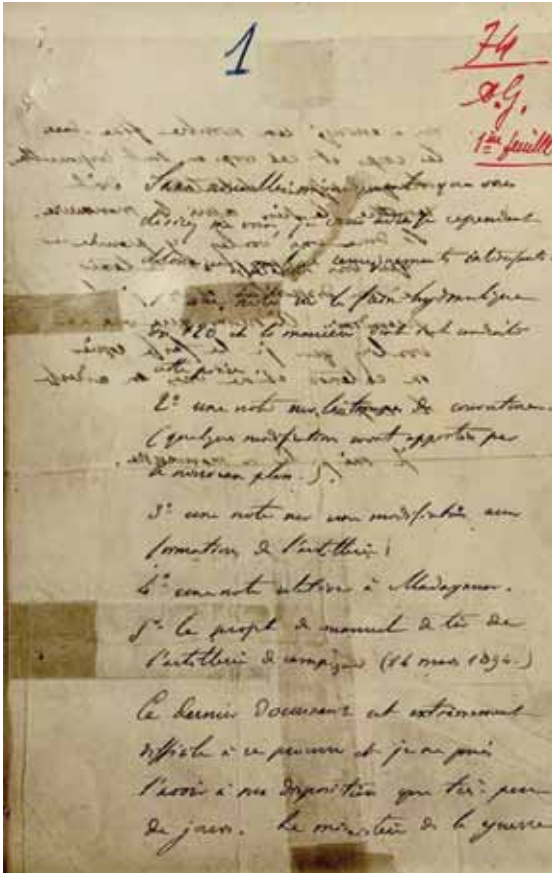
William Stead posó muy orgulloso con su traje de preso.

algunos rivales del gremio por la envidia que les producía la popularidad que había alcanzado el *Pall Mall Gazette*.

El campeón de las buenas causas, Stead, fue llevado a juicio. Como no había ningún documento escrito que probara que la madre de Lily hubiera pagado las famosas cinco libras, Stead y sus cómplices en la «compra de la doncella» fueron encontrados culpables del delito de secuestro. Stead dio con sus huesos en la cárcel, aunque sólo durante tres meses y en unas condiciones envidiables: incluso contaba con un preso que ejercía de sirviente para él. De todas formas, el periodista tenía razones de sobra para estar contento, ya que había demostrado el enorme poder que tenía la prensa en los tiempos de la opinión pública.

VOCES EN CONTRA, VOCES A FAVOR

Ningún acontecimiento, ni siquiera la proeza de William Stead, mostró el protagonismo que había adquirido la opinión pública en el mundo de la Belle Époque tanto como el caso Dreyfus en Francia.



La carta de Panizzardi era una falsificación evidente.

trasladó a Picquart a Túnez. Para cubrirse las espaldas, el mayor Henry falsificó el contenido de una carta escrita por Panizzardi, para que en esta se mencionara a Dreyfus. Así, comenzaron a acumularse mentiras sobre mentiras para tapar la mala acción del ejército.

Decidido a no llevarse el secreto a la tumba, Picquart escribió un informe dejando instrucciones para que fuera abierto a la muerte del presidente de Francia. Por ello, fue expulsado del ejército y condenado a un año de cárcel, pero su valiente tozudez dio el empujón definitivo a la causa de Dreyfus. Su abogado entró en contacto con el venerable y respetado senador alsaciano Scheurer-Kestner. Ganado para la causa, Scheurer publicó una carta en *Le Temps* en la que defendía la inocencia del capitán. Sus



Zola y los *dreyfusards* navegaron contracorriente en una sociedad nacionalista y antisemita que no quería oír hablar de la revisión del juicio de Dreyfus.

bases socialistas le habían retirado su apoyo por defender a un burgués. Pero su texto *Les Preuves* agitó la conciencia de Godefroy Cavaignac, el ministro de Guerra, y propició el paso definitivo. Cavaignac examinó por primera vez los papeles con los que se había incriminado a Dreyfus y comprobó que la carta supuestamente escrita por Alessandro Panizzardi estaba hecha con dos trozos de papel; era, claramente, una falsificación. El ministro de Guerra ordenó el arresto inmediato del responsable de la falsificación, el coronel Hubert-Joseph Henry. La justicia no pudo caer sobre él porque, antes de perder el honor, Henry se suicidó, dejando atrás a su mujer y a su hijo.

A estas alturas, Francia estaba prácticamente partida en dos. Los periódicos publicaban viñetas que bromeaban con esta ruptura, pero muchos pensaban que la situación podía desembocar en un golpe de Estado. La derecha rabiaba ante el suicidio de Henry, al que consideraba una víctima. La tensión era tal que cuando los obreros que



La revista *Caran D'Ache* mostraba en esta viñeta los peligros de sacar el tema Dreyfus en la mesa familiar. La moraleja puede ser útil en nuestros días: nunca hay que hablar de política en la mesa.

estaban construyendo los terrenos de la exposición de 1900 se pusieron en huelga, los rumores de que la derecha iba a dar un golpe de Estado llevaron a los socialistas a formar comités de vigilancia y al duque de Orleans a pedir al pretendiente al trono de Francia que se acercara a la frontera.

La extrema derecha, sin embargo, presionó demasiado. Uno de sus líderes, Paul Déroulède, creía que la situación había llegado a tal punto que, si tenía que haber una guerra civil, así fuera. Déroulède hizo todo lo que pudo para provocarla, porque trató de aprovechar el funeral del presidente Faure el 23 de febrero de 1899 para dar un golpe de Estado convenciendo a las tropas de que se unieran a la causa. El golpe fracasó, y aunque Déroulède se «abanicó» con la insignia de diputado que le hacía «inviolable», fue llevado a la fuerza a la comisaría de policía más cercana. Esto, unido a que un derechista exaltado había golpeado con un bastón al presidente de

2

Las chimeneas del progreso

Un sabio historiador dijo una vez que si tuviéramos la oportunidad de viajar en el tiempo y aparecer de repente en el 1900, estaríamos en terreno conocido. Seguro que nos haría gracia la forma de vestir de la gente pero, a grandes rasgos, lo que nos encontraríamos no nos iba a sorprender demasiado. Sin embargo, si la misma máquina nos trasladara al año 1870, nos sentiríamos completamente fuera de lugar, incluso si hubiéramos tenido la suerte de aparecer en Londres, el lugar más avanzado de la época.

Este sabio era Geoffrey Barraclough, hombre sistemático y amigo de fumar en pipa. Barraclough murió antes de ver cómo se expandía internet y nacían los teléfonos móviles, por lo que no tuvo oportunidad de ser testigo de otra de las grandes revoluciones que transformarían nuestra forma de vida. Sin embargo, su idea de que el mundo del año 1900 nos resultaría muchísimo más cercano que el



Los vieneses que saludaron con alegría al primer ferrocarril que entró en la ciudad no podían ni imaginarse todo lo que este medio de transporte iba a cambiar.

coste de transporte mucho más barato. Por si fuera poco, una región alejada de la fuente de recursos naturales podía acceder a ellos a bajo precio, porque el ferrocarril se lo traería sin mayor problema y con rapidez. El siglo XIX trajo una curiosa variante de lo mismo, el barco de vapor, y se repitió el mismo proceso. Para 1900, el coste de transporte oceánico era la séptima parte de lo que había sido en 1800.

Visto esto, se entiende por qué resultaba más rentable dedicarse a la industria. Ahora bien, ¿quién se apuntó a un proceso tan innovador? Desde luego que no fueron todos los países, ni tampoco lo hicieron a la vez. Durante la primera mitad del siglo XIX, sólo Gran Bretaña logró convertirse en país industrializado. No vivía entre guerras y revoluciones, y la psicología emprendedora de sus ciudadanos más pudientes facilitó el cóctel de excedentes agrícolas, población crecida y beneficios del comercio ultramarino. Para 1870, sin embargo, la recién creada Alemania, junto con Francia, Suiza, Bélgica, y Estados Unidos se habían apuntado al «club» industrializado. Londres seguía ganando la partida, pero su ventaja se reducía claramente.



Los autobuses londinenses de dos pisos eran una estampa típica en la ciudad ya en la Belle Époque.

El metro de Londres fue el primero de la historia. Nada conecta más a los londinenses de la Belle Époque con los londinenses del siglo XXI que la nada agradable sensación de viajar en un vagón repleto de gente.



ciudad, primero tirados por caballos y, según se acercaba el fin de siglo, motorizados.

En 1860, se inauguró el metro de Londres. La idea de un ferrocarril subterráneo pareció una locura a muchos, pero el tiempo daría la razón a los que apostaron por esta nueva forma de transporte. En 1890 se electrificaron las líneas y su popularidad, la limpieza y el desahogo que facilitaba en la superficie convencieron a otras ciudades de seguir con la experiencia. Le siguieron Budapest y Glasgow en 1896, Viena en 1898, París en 1900, Berlín en 1902, Atenas y Nueva York en 1904.

Como con muchos otros avances tecnológicos, algunos vieron mucho más que solo progreso material: el periódico parisino *Le Radical* dio la bienvenida al suburbano como agente del progreso moral. Las celebraciones que se organizaron en París con motivo de su



A muchos parisinos les preocupaba que el metro acabara dañando su ciudad. Albert Robida, dibujante, era uno de ellos.

de la ciudad a unos minutos por el poco dinero que solía costar un billete.

Desde luego, a nadie le gustaban los atascos (el tráfico llegó a ser tan denso que los hacía comunes), viajar apretujado entre otras muchas personas (ciertas líneas se llamaban, humorísticamente, «latas de sardinas»), ni pasar horas cogiendo trenes y buses para llegar al trabajo (en París lo conocían como «la existencia en zigzag», todo el día de un lado a otro). Pero seguía siendo mucho mejor que caminar durante horas o mudarse de casa para poder llegar al trabajo en un tiempo razonable. Con el transporte moderno, las posibilidades de encontrar empleo se ampliaban a toda la ciudad. Y no sólo empleo; ahora era fácil ir al centro en el tiempo de ocio, tomar algo, ir al teatro o simplemente pasear entre los nuevos edificios, los escaparates de las tiendas y las calles iluminadas por la noche.

El transporte motorizado tenía también otras ventajas. Ahora, los camiones de bomberos y las ambulancias podían llegar mucho más rápido a sus vitales destinos.

Los catálogos publicitarios empezaron a llegar a los hogares. Ahora, si una quería elegir un corsé, no tenía ni que acercarse al Au Bon Marché.



suplemento para viajar en los vagones decorados con esta nueva distracción. Algunos veían en los carteles una forma de pasar el rato durante el viaje; otros, una manera de que los niños practicasen la lectura, lo que en la competitiva sociedad de la Belle Époque significaba adelantar en pragmatismo a los británicos.

Más allá de estas anécdotas, ¿qué significó la extensión de la sociedad de consumo para las clases trabajadoras? Aparte de integrarles en una forma de vida que les habría resultado ajena pocos años antes, tuvo consecuencias muy importantes para el día a día. No es lo mismo tener que salir varias veces al día a comprar comida a varios comercios distintos, a veces lejanos entre ellos, que ir a una gran superficie que tiene de todo, o a una tienda moderna cercana a casa en la que se puede conseguir lo que uno necesita no ya para un día, sino para varios. No es lo mismo regatear el precio con el tendero, a veces mucho más alto de lo que uno podía pagar, que pasear

3

Del cancán a la cama

Una a una, cuatrocientas personas desfilaron por la sala para acercarse a las imponentes máquinas que ocupaban el centro de la estancia. No eran demasiado grandes; llegaban a la cintura de un hombre de altura media. Pero todos los presentes sabían que estaban a punto de conocer uno de los más impresionantes prodigios de la tecnología. Uno a uno, todos acercaron su ojo al visor situado en la tapa superior de la caja de madera que tenían delante. Alguno no pudo evitar un suspiro de admiración cuando llegó su turno: dentro de la caja se veía a tres herreros trabajando en una forja. Tres herreros reales, de carne y hueso —aunque, eso sí, en blanco y negro— sujetaban una pieza de metal y le daban martillazos. De repente, uno de ellos sacaba una botella de cerveza, le daba un trago y se la pasaba a sus dos compañeros. Y vuelta al trabajo de nuevo.

Era el 8 de mayo de 1893, y los excelsos miembros del departamento de física del Instituto de Artes y Ciencias



La famosa bailarina de cancan,
la Goulue, subía su pierna a
una altura legendaria.

La democratización del ocio y los nuevos avances técnicos estaban creando una nueva figura, antes desconocida: la estrella. Bailarinas, cantantes o actrices como Sarah Bernhardt alcanzaron fama mundial gracias a que los periódicos llevaron sus fotografías a todos los lugares, criticaron sus actuaciones y buscaron conocer todos los detalles posibles de sus vidas para contárselos a la creciente legión de fans.

Los medios de comunicación de masas, que llevaron la imagen de los mejores artistas del momento de un país a otro, también contribuyeron a que las formas de ocio se fueran pareciendo en todos los lugares. Así, durante la Belle Époque hubo una curiosa mezcla de entretenimientos locales con aquellos que traspasaban todas las fronteras. En Múnich, uno podía escuchar a cantantes del lugar entonando canciones folclóricas mientras bebía, cómo no, un buen vaso de cerveza fría, y luego marcharse al cine a ver una película rodada por los Lumière; en Madrid,



Edward Sambourne era uno de los fotógrafos que decidió dedicarse al erotismo. Una profesión que no estaba muy bien vista en la Belle Époque. Aquí posa una de sus modelos favoritas, LG.

de las prácticas sexuales consideradas más dañinas: la masturbación. Esta estaba muy mal vista; no conducía a la procreación y era muestra de una débil fuerza de voluntad. Aparte, se creía que sus consecuencias eran verdaderamente catastróficas. Mary Wood Allen, en su libro para jóvenes muchachas, advertía con seriedad:

Muchas chicas que caen víctimas de este pernicioso hábito son ajenas a sus peligros. Los resultados del vicio solitario son desastrosos. Destruye el poder mental y la memoria, estropea la complexión física y la visión, quita la fuerza, e incluso puede causar locura. Es un hábito muy difícil de superar y puede no sólo durar años, también transmitirse a la descendencia.

A pesar de la importancia que le daba Wood, se consideraba en general que la masturbación era un problema masculino. Para los chicos era, como decían los



Oscar Wilde posa con su amante Alfred Douglas.

escandalosa novela *El retrato de Dorian Gray*. Cuando ese mismo verano se encontró con el joven poeta de veintidós años lord Alfred Douglas, pronto surgió una relación íntima entre ambos.

Lord Alfred Douglas estudiaba aún en Oxford y se mostraba encantado de recibir las atenciones de un escritor tan famoso como Wilde. El asunto, sin embargo, no despertó tanto entusiasmo en Wood, uno de sus amigos, que no había sido tratado demasiado bien por la vida. Cuando Douglas le regaló uno de sus trajes viejos, encontró en uno de sus bolsillos las cartas que Wilde le había escrito. Wood decidió que la respuesta obvia era el chantaje y logró sacarle treinta y cinco libras a su autor a cambio de devolverle la mayoría de su correspondencia. Este fue el primero de los muchos problemas a los que se enfrentaría Oscar Wilde.

La amistad de
Eulenburg y el
káiser: una amistad
frustrada.



Harden inició una campaña de insinuaciones, publicando que la política exterior alemana se volvía débil e ineficaz por culpa de las relaciones íntimas que mantenían algunos miembros del círculo de confianza del káiser, aludiendo indirectamente a Eulenburg y al asesor militar Kuno von Moltke, entre otros. Estos no tuvieron más remedio que responder acusando a Harden de difamación; el disgusto del káiser comenzaba a dejarse sentir en palacio. Pero esto era justo lo que Harden deseaba: un debate público.

Los variados juicios duraron desde finales de 1907 a mediados de 1909, y el público vio anonadado cómo las mentes rectoras de los destinos de su país eran acusados de todo tipo de perversiones, intrigas y presiones. El prestigio de la Corte se vino abajo entre procesos judiciales y amenazas de retarse a duelo, mientras una riada de testigos, que incluía a proxenetas, ladrones, patólogos y esposas divorciadas y rencorosas, relataba infames orgías y daba una y otra vez la vuelta al caso. Las últimas apariciones de Eulenburg

4

Letras, electrones y balas de fusil

Los años de la Belle Époque, como bien dijo el historiador Philipp Blom, fueron años de vértigo. Sus protagonistas sintieron que la velocidad de la historia se aceleraba. Algunos, como Stefan Zweig, vivieron este cambio de ritmo con una ilusión intensa, porque cada instante parecía conducir a la humanidad a un futuro mejor. Otros, como Robert Musil, se sentían algo perdidos, como si una ola les hubiera dado mil vueltas en el agua: «No se podía tampoco distinguir entre lo que cabalgaba arriba y abajo, entre lo que avanzaba y retrocedía». Por su parte, el revolucionario bolchevique Vladimir Ilich Lenin vio en la aceleración de su mundo la prueba evidente de que el sistema capitalista se dirigía al colapso y la hora del proletariado estaba a punto de sonar. Los más pesimistas creían que la velocidad que rodeaba sus vidas era una faceta más de la decadencia en la que estaba inmersa la civilización occidental.



Aquí posan emocionados los primeros competidores del Tour de Francia, en 1903.

garrotazo limpio, hiriendo a algunos corredores. Después de esto, muchos aseguraron que continuarían la carrera armados con revólveres, así que en las siguientes convocatorias se estrechó la vigilancia.

También se aumentaron las etapas: de las seis de 1903 se pasó a quince en 1914. Los fabricantes de bicicletas comenzaron a patrocinar a algunos de los corredores, que pasaron a ser profesionales del ciclismo. Estos profesionales eran, casi en su totalidad, personas de orígenes humildes: Maurice Garin, primer ganador del tour, había trabajado hasta entonces como deshollinador; Trousselier, vencedor en 1904, era vendedor de flores; el aprendiz de carnicero Pottier se alzó con la victoria en 1906; Petit-Breton, mozo de hotel, ganó dos veces consecutivas, en 1907 y 1908. Los siguientes campeones habían trabajado como obreros de puerto o vendedores de frutas.

Todo ello era la prueba de que la bicicleta se había popularizado incluso entre las clases bajas. Considerado uno de los inventos del siglo, había deslumbrado a niños

El verdadero «peligro» para la sociedad occidental eran las mujeres en pantalones. Aun así, algunas se atrevieron a desafiar las costumbres ancestrales y optar por la comodidad del pantalón cuando montaban en bicicleta.



Emma Eades, fuera recibida con piedras y ladrillos. Para evitar que a las ciclistas femeninas se las tomara por mujeres de dudosa moral, la Asociación de Acompañantes de Mujeres proporcionaba la compañía de ciclistas femeninas de buena posición social.

Desde luego, la mayoría de las mujeres ciclistas no pensaban en la liberación femenina cuando cogían la bicicleta. Algunas incluso montaban en ella sólo para ligar; una joven mujer soltera se quejaba amargamente de tener que usarla porque todo el mundo lo hacía, pero odiaba la forma en la que sudaba después de media hora de paseo. Siempre llevaba consigo maquillaje e instrumentos para rizarse el flequillo, pero no encontraba el momento de retocarse porque siempre había hombres delante. Lo cual nos indica que, superadas las reticencias iniciales, el hecho de que las mujeres montaran en bicicleta ya no era sólo normal, sino también deseable; un hábito que atraía a los chicos.

Si esto no ocurriera, no obstante, siempre se podían consolar con el argumento del escritor Eden Phillpotts: «Montar en bicicleta tiende a mantener a las mujeres lejos de las tiendas. Una bicicleta es mucho más barata y sana que una chaqueta de piel de foca. Cuando todos los



Los coches eran artículos de lujo con los que todo el mundo soñaba.

metro iban bajo tierra, pero ambos seguían siendo trenes. En cambio, los coches eran claramente el símbolo de una nueva época. Los caballos, antes onnipresentes en la vida de los europeos y estadounidenses, empezaron a ser más raros. Compartieron espacio con los nuevos vehículos, convirtiendo las calles de las ciudades en una curiosa estampa que mostraba la mezcla de lo viejo y lo nuevo en el mundo de la Belle Époque.

Para su uso y mantenimiento se necesitaba un ejército de trabajadores cualificados, mejor valorados que los cocheros que conducían los carros tirados por caballos. Todo el mundo soñaba con tener un coche, y en esa ilusión se basó Henry Ford cuando diseñó un vehículo que los trabajadores de su fábrica pudieran permitirse: el Ford T. Y aunque no fue en esta etapa cuando los coches se convirtieron en objetos de consumo de masas, los taxis y autobuses motorizados dieron la oportunidad a todos de probar lo que se sentía al moverse a las

Los periódicos
acudieron
presto a
informar de la
catástrofe del
Titanic.



El mensaje fue transmitido por vía eléctrica y recibido en Baltimore, al otro lado del cable que acababa de instalar. Había nacido el telégrafo y venía a revolucionar el mundo de la comunicación.

El invento se extendió por todo el mundo. Tras muchos intentos fallidos y una inversión de miles de millones perdida en el mar, en 1866 se consiguió instalar un cable transoceánico que unía el viejo continente con el nuevo. En 1870, otro cable conectó a Australia con el resto del mundo. Por primera vez en la historia, se podían tener noticias de lo que estaba ocurriendo en la otra punta del planeta de forma prácticamente instantánea. Los gobernantes de los países podían mandarse mensajes rápidos cuando la situación lo requería, las redacciones de los periódicos recibían actualizaciones continuas, los ayuntamientos podían comunicarse con el gobierno central y saber cómo reaccionar ante una huelga. Las familias podían avisar a sus seres queridos de asuntos urgentes utilizando los telegramas. Nada que ver con la forma en la que se habían comunicado las personas antes del telégrafo: las cartas tardaban mucho en llegar a su destino, así que para una respuesta había que esperar días o semanas, dependiendo



Las líneas de teléfono se multiplicaron por toda Europa y Estados Unidos durante la Belle Époque.

Desde luego, el teléfono fue un objeto de lujo durante toda la Belle Époque, pero eso no evitó que se despertaran las ilusiones desbocadas de los más optimistas. Cuando el invento se difundiera, y la experiencia estaba demostrando que las mejoras se socializaban cada vez más rápido, la gente tendría que hablar un mismo idioma para entenderse, lo que borraría las fronteras y uniría a toda la humanidad en una misma hermandad, trayendo la paz mundial de forma definitiva. Los tecnófobos, por el lado contrario, vieron en el teléfono el medio ideal para que se urdieran crímenes en la más absoluta privacidad, la forma en la que los amantes podrían concertar encuentros pecaminosos, el fin de las relaciones sociales cara a cara y el símbolo de que las máquinas acabarían esclavizando a las personas. No en vano había que levantarse a atender al aparato cuando este sonaba.

A la espera de que trajera consigo la paz mundial o la desintegración de la sociedad, por lo pronto, el teléfono facilitó las relaciones con amigos y familiares que estaban lejos, hizo las comunicaciones entre instituciones y países mucho más fáciles y aumentó, aún más, la rapidez con la que las redacciones de periódicos recibían y mandaban noticias. De hecho, en Budapest se ideó un sistema para que las personas que quisieran estar informadas al minuto

La
ametralladora
Maxim se
utilizó con
éxito durante
la guerra de
los Bóeres.



El invento de la Maxim fue el culmen de un final de siglo que parecía haber puesto las bases, de manera caótica y casual, de un inusitado desarrollo de las armas, los ejércitos y la competición militar entre naciones viejas y adolescentes. Para empezar, la revolución demográfica hizo aumentar el total de población que podía ser enviada al frente, una posibilidad que se volvió demasiado real cuando las potencias del continente decidieron seguir el ejemplo alemán e introducir el reclutamiento obligatorio en 1871.

Un ejército no sólo necesita recibir la orden de matar para poder desempeñar su función, requiere que las condiciones materiales se lo permitan. Se necesitaba armar, vestir, abastecer, dar de comer y transportar a esta nueva masa de soldados y esto sólo podría lograrse si el desarrollo de la industria lo permitía. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que nunca se dio situación más propicia. Las compañías de munición controlaban tanto las cadenas de minas que extraían el preciado mineral como las fundiciones que lo transformaban en un riachuelo de lava depurada, así como los transportes que llevaban el metal hasta donde hiciera falta. Las oportunidades de mercado para la inversión y la ganancia se multiplicaban por

5

La gran competición

La Belle Époque vivió el partido del siglo. Fue la mayor competición jamás vista pero, en esta ocasión, no fueron dos equipos los que se enfrentaron: fueron todos. Competieron por la supremacía las clases sociales, las naciones, las edades y los sexos. Comenzaba así el que sería el enfrentamiento definitivo, uno que, muchos años después, seguiría candente y vivo. A modo de alegoría de todo esto, la época inauguraría una inusitada pasión por el deporte. Lo que se narra a continuación es la historia de todos estos enfrentamientos.

MENS SANA IN CORPORE SANO

La expectación se palpaba en el ambiente. Las calles de la ciudad estaban decoradas con banderas y carteles. El espectáculo no empezaba hasta la tarde, pero ya desde por



Finlandia eligió a sus primeras parlamentarias solo un año después de haber concedido el voto a las mujeres.

mantuvieron una actitud educada típicamente británica. Sin embargo, cuando vieron que el primer ministro Campbell Bannerman, del Partido Liberal, tampoco había hecho caso a sus recogidas de firmas y charlas en favor del voto femenino, decidieron cambiar su estrategia. A partir de 1906, empezaron a interrumpir reuniones y charlas de respetables políticos varones. Christabel Pankhurst y Annie Kenny, corazones del movimiento sufragista, fueron condenadas a pagar una multa por este motivo. Conscientes de la necesidad de atraer la atención del público, se negaron a pagarla y acabaron en la cárcel. En 1908, consiguieron reunir a cerca de quinientas mil personas en un mítin de Hyde Park, aunque ellas mismas reconocían que entre el público había mucha gente que parecía estar allí por curiosidad y no porque apoyara la causa. Sin embargo, no dejaba de ser un éxito haber logrado llamar la atención de tantos, algo de lo que no



Las sufragistas se manifestaron constantemente durante la Belle Époque. Excepto en Finlandia y en Noruega, en ningún otro país se alcanzó su objetivo.

como cobraban menos, iniciaran una tendencia a la baja en los sueldos que se pagaban a todos. De hecho, el sindicato de pintores francés expulsó en 1913 a uno de sus miembros por conseguir un trabajo a su esposa. Como las mujeres no votaban, los partidos socialistas podían ignorar sus problemas para centrarse en los que sí votaban, los hombres. Algunos actos organizados por estos partidos excluían a las mujeres y, cuando no lo hacían, las mantenían relegadas. Incluso aquellas que conseguían tener cierta influencia en el partido se cuidaban mucho de defender la causa feminista; el resto de sus compañeros podían acusarlas de ser egoístas o de sembrar las semillas de la discordia dentro del movimiento.

El feminismo tuvo que batirse con una sociedad que veía cualquier cambio en la estructura de las familias como

6

La lucha de clases mueve el mundo

Tan sólo cuarenta dólares tenía el joven Jacob Riis en el bolsillo cuando llegó a la ciudad de Nueva York en busca de trabajo. Miles de kilómetros lo separaban de su Dinamarca natal, donde no había logrado ni colocarse como carpintero ni casarse con la chica de la que estaba locamente enamorado. Estados Unidos, un país completamente distinto, se le antojaba como el mejor lugar para empezar de cero, y la vertiginosa Nueva York, el lugar ideal para construirse una nueva vida.

Pero Jacob Riis no estaba solo. Otras muchas personas habían tomado exactamente la misma decisión. Algunas, como Jacob, provenían del exterior y habían emprendido un largo viaje desde el viejo mundo para buscarse la vida. Otras procedían de todos los rincones de Estados Unidos, que acababa de cerrar la sangrienta experiencia de la guerra civil.

Jacob Riis retrató en potentes fotografías la situación de los más pobres de Nueva York.



la clase cuyo predominio traería una nueva etapa histórica: el capitalismo. Esta etapa, en la que entonces estaba inmersa la sociedad, llevaba dentro de sí las semillas de su destrucción, semillas que con el tiempo acabarían germinando y dando paso al comunismo. En esta fase final y feliz, los trabajadores se unirían por la revolución, arrebatarían los medios de producción a la burguesía (es decir, los campos y las fábricas) y dejarían atrás definitivamente los años de opresión y miseria. Ya no habría más etapas, puesto que al reinar la justicia se pararía el motor que había hecho moverse a la historia desde la aparición del ser humano, que era nada más y nada menos que la lucha de clases.

El intelectual que había descubierto estas claves del pasado, del presente y del futuro era Karl Marx, un alemán de origen judío que había dedicado su vida a estudiar la sociedad y a mudarse de país cada vez que escribía algo controvertido en los periódicos. Murió en Londres en 1880, como un apátrida. En el discurso que dio en el funeral su amigo Friedrich Engels, al que conoció viviendo en París, afirmó que, si Darwin había descubierto la ley de

El atentado de Mateo Morral contra el Liceo de Barcelona en 1893 dio la vuelta al mundo. Casi diez años después, la violencia anarquista continuaba en España.



personas en una población de ciento treinta millones. No obstante, estaba muy concentrado: el 54 % trabajaba en fábricas de quinientos trabajadores, cuando en el resto de Europa y Estados Unidos el porcentaje de concentración era mucho menor. El sistema político ruso era completamente cerrado: el zar era un monarca absoluto, que gobernaba apoyado en una burocracia muy efectiva y un aparato represivo muy duro. Sólo después de la revolución de 1905 hubo una cierta apertura, con la inauguración de un parlamento, la дума, que tenía muy poca influencia política. Como en el caso de Alemania, era el zar el que elegía a los ministros, y no los diputados de la Duma. Además, el zar se reservaba el poder de cancelarla y convocar nuevas elecciones cuando deseara.



Las huelgas se convirtieron en algo cotidiano entre 1890 y 1914. Las de mineros, como estos británicos, eran las que más temían los gobiernos.

A pesar de la política del palo y la zanahoria que utilizaron los gobiernos, el movimiento obrero continuó creciendo a lo largo de esta etapa. Muchos trabajadores mantuvieron la esperanza de que, algún día, el mundo sería suyo, ya que –no debemos olvidarlo– la historia estaba de su lado. Los que no, al menos sabían que el cambio social y político era posible: lo habían vivido en primera persona durante la Belle Époque.

7

La pistola de madame Caillaux

Hileras e hileras de trabajadores recorrían las oscuras calles de Londres en plena madrugada para empezar su jornada laboral. El trabajo en los mercados y fábricas comenzaba mucho antes de que amaneciera, y llegar tarde era muy peligroso para sus empleados. El carretero Charles Allen Lechmere no quería arriesgarse a perder el empleo que le daba de comer, así que a las cuatro menos veinte de la mañana ya estaba empujando su carro rumbo al trabajo, como todas las noches. Pero algo ocurrió en esa ocasión que la diferenció de todas las demás. Era el 31 de agosto de 1888, y Charles pasaba por Buck's Row cuando un gran bulto en la entrada de un establo llamó su atención. La zona no estaba bien iluminada, así que hasta que no se acercó no se dio cuenta de que el bulto era en realidad una mujer tirada en el suelo. Justo entonces apareció uno de sus compañeros, Robert Paul, que dejó su carro y se



Los periódicos franceses advertían del crecimiento arrollador de la banda de los apaches. Sus fuentes de información, sin embargo, no eran muy sólidas...

Arthur McDonald, que comparó las estadísticas oficiales de crimen de los países europeos. Vio algo que coincidía con lo que había pasado siempre: en los años de buenas cosechas y temperaturas hay menos crímenes contra la propiedad, pero aumentan los ataques a las personas, mientras que el frío y la escasez hacían que los crímenes contra la propiedad se incrementaran, a la par que disminuyen los cometidos contra personas. Una buena cosecha de uva y, por tanto, un vino abundante y barato, nublaban el juicio y llevaba a más asaltos y lesiones. Nada que no se llevara siglos sospechando. Pero es que, además, los datos mostraban que, en Francia, los crímenes más serios habían disminuído entre 1880 y 1900, y que sólo habían aumentado los pequeños, aquellos que no eran considerados crímenes sino ofensas. En Gran Bretaña, de hecho, habían descendido notablemente y, aunque habían aumentado las personas encarceladas en Alemania, se incluían entre

8

Susurros en Whitehall

Empecemos por el final: la política exterior de las naciones en la Belle Époque acabó en una escena dantesca. En 1916, en el Somme, una convulsa marea de soldados trepaba para salir de sus trincheras embarradas, entre pitidos y amenazas de sus oficiales al mando. Cargando entre gritos, cánticos, lloros y vomitonas, se lanzaban a recorrer los metros que les separaban del objetivo a batir: otra línea de trincheras, esta vez enemiga, desde donde se escupía una verdadera tormenta de balas. Todo ello en medio de los estampidos infernales causados por la artillería, que llenaban el campo de batalla de vaharadas negruzcas y grandes cráteres salpicados de miembros amputados.

Resulta muy difícil hablar sobre la política exterior en la Belle Époque sin planteárselo todo como una gran y lógica pregunta. ¿Qué hizo la humanidad para llegar a la Primera Guerra Mundial? El hecho de que generaciones



Soldados búlgaros arrollan, bayoneta en mano, a sus enemigos turcos en la guerra balcánica de 1912. La desintegración del Imperio otomano provocó una pelea por ver quién se quedaba con sus restos que acabaría desembocando en la Primera Guerra Mundial.

preocupación de Viena, su rival en la región, incrementó su población en doscientos mil ciudadanos. Las potencias occidentales se mostraron cautas en esta ocasión; el único ejército de europeos que se movilizó fueron las hordas de corresponsales de guerra que cubrieron con sus cinematógrafos el conflicto desde todos los ángulos. Así lo reflejó en una fascinante ilustración de portada el *Petit Journal* parisino el 3 de noviembre de 1912, la cual mostraba a dos periodistas, ataviados con gorra, camisa a cuadros y bufanda, librándose por escasos metros de la metralla de un proyectil enemigo: «Dos operadores que se han librado por los pelos».

La situación difícilmente iba a cambiar; los Balcanes no podían ser contenidos y los dos grandes bloques se miraban a los ojos, acostumbrados a hacer de la amenaza y la posterior concesión colonial su única forma de trato. En esa situación, sólo hizo falta la mano de un chapucero



Edmund Morel y Roger Casement pusieron en un verdadero aprieto al rey de los belgas, Leopoldo II.

de caucho y, por tanto, negó los datos presentados por el Informe Casement. Invitó a personalidades como Mary Sheldon a viajar por el Congo. Estos invitados, conducidos por recorridos idílicos, quedaron favorablemente impresionados, y Mary Sheldon llegó a afirmar que había sido testigo de más atrocidades en las calles de Londres que en la colonia.

Sin embargo, la campaña de Leopoldo II no fue tan exitosa como la de la Asociación para la Reforma del Congo. En primer lugar, el grandilocuente rey se equivocó de público objetivo; sus esfuerzos se centraron en convencer de su inocencia a personajes relevantes de la sociedad, mientras que Morel, Casement y el resto de sus enemigos lanzaron su mensaje al resto de la escala social, aquella que tenía mayor capacidad de presión sobre el gobierno en una sociedad democrática. Encerrado en la burbuja propia de las clases privilegiadas, Leopoldo no había sabido tomar el pulso a la sociedad de masas. Por

9

El síndrome de la bola de cristal

Presa de la emoción, Charles Fontaine comenzó a hacer ondear la bandera de la República francesa en el acantilado desde el que se divisaba el castillo de Dover. En un principio, había creído que el ruido que oía era producto de su imaginación; si el *Daily Mail* había ofrecido mil libras a quien fuera capaz de acometer semejante empresa es que esta era prácticamente imposible. Sin embargo, su vista de lince detectó al poco rato una mancha en el horizonte que, sin duda alguna, se movía hacia el corresponsal de *Le Matin*.

Unos cuantos curiosos se habían acercado a la zona en el momento anunciado, la mayor parte de los cuales estaban convencidos de que tendrían que regresar a casa sin haber presenciado nada fuera de lo común. Pero los nerviosos movimientos de Fontaine con la bandera tricolor desataron la agitación entre las personas reunidas en la



Aerial Firemen

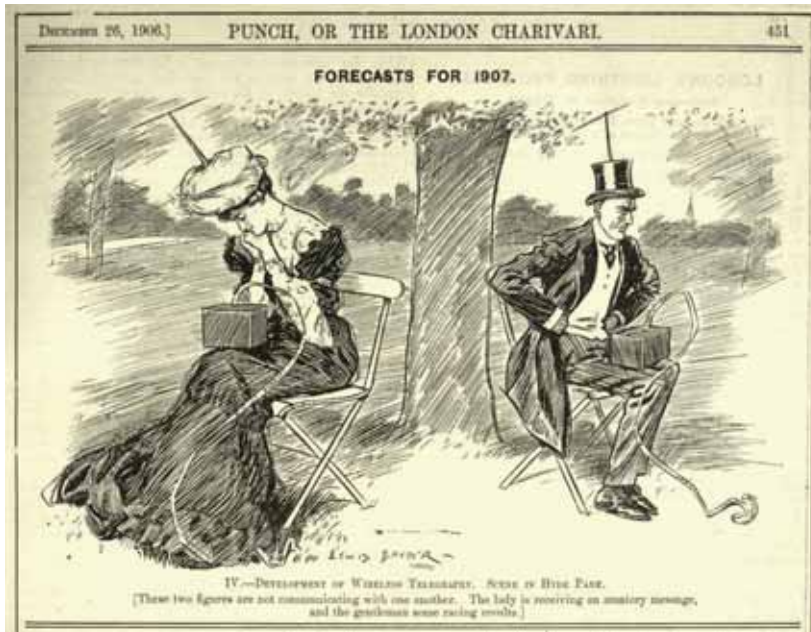
Visiones de Francia en el siglo XXI desde el año 2000.



Visiones de Alemania en el siglo XXI desde el año 2000.



Visiones de Moscú en el siglo XXI desde el año 2000.



«Desarrollo de la telegrafía sin cables. Escena en Hyde Park. Estas dos personas no se están comunicando entre ellas. La dama está recibiendo un mensaje amoroso y el caballero los resultados de las carreras». El miedo a que los teléfonos nos aislen de la sociedad no empezó con los *smartphones*.

La bajada de las tasas de natalidad se tomó como el preludio de la catástrofe, especialmente en Francia. En este país se escribieron hasta ochenta y dos libros sobre el tema de la temida *dépopulation* (la despoblación nacional) entre 1890 y 1914; se creía que las causas del fenómeno eran el feminismo y el individualismo. Causaba tanta preocupación porque se temía que una población francesa cada vez más reducida no fuera capaz de enfrentarse a sus enemigos. Alemania, la eterna adversaria, parecía no parar de crecer mientras Francia enflaquecía.

Pero los miedos a que la población disminuyera también afectaban a este otro país. El doctor Alfred Grotjahn advirtió a sus conciudadanos que no debían temer ni al armamento francés ni a los *Dreadnoughts*



Fotografía de los participantes en el Congreso Sionista de 1907. Max Nordau está en el centro de la imagen: es el hombre de la larga barba blanca.

vienés podía ser tan antisemita como un anarquista español.

«¡Muerte a los judíos!», gritó la multitud enervada en la puerta del juzgado en el que se degradó al capitán Dreyfus: «¡Muerte a los judíos!». Max Nordau estaba allí ese día, y por eso se convenció de que los judíos nunca podrían integrarse en la sociedad europea. Junto a Theodore Herzl, otro compañero periodista del *Neue Freie Presse*, fundó la organización sionista, que abogaba porque los judíos abandonaran la idea de convivir con el resto de los occidentales y buscaran un territorio en el que construir un país propio. Además, Nordau incluyó al antisemitismo entre su larga lista de causas de la degeneración de la sociedad.

Las ideas de Nordau, Nietzsche y los eugenistas fueron muy populares, pero sólo en círculos reducidos. Por el contrario, el racismo y el antisemitismo sí que se



«Aquí se lee *La Revancha*. Alrededor de 5 céntimos el número». En Francia, el espíritu de la revancha seguía bien presente desde 1870: el cartel es de 1886.

la nación y sus históricos hagiógrafos, y en Gran Bretaña se aferraba, nervioso, a su superioridad imperial cada vez más contestada.

El nacionalismo estatal era, en muchas ocasiones, contrarrestado por otro que, dentro de las fronteras del estado, pugnaba por adquirir derechos, autonomía o incluso la independencia. Estos movimientos nacionalistas también ganaron fuerza durante la Belle Époque: la liga Gaélica se formó en 1893 para defender el idioma del pueblo irlandés, un recuerdo del renacimiento literario



Sabino Arana, el fundador del Partido Nacionalista Vasco, estuvo en la cárcel en 1895 por apoyar la independencia de Cuba.

gaélico del siglo XVIII, inflamado ahora por los vientos de autonomía política. El movimiento de la joven Gales surgió en esta época, liderado por Lloyd George, y el Partido Nacionalista Vasco se fundó en 1890. Su ideólogo, Sabino Arana, culpaba a los inmigrantes que habían ido a trabajar en la pujante industria vasca de trastocar las costumbres esenciales de su pueblo.

El historiador francés Ernest Renan observó detenidamente el avance del nacionalismo en sus días y lanzó su propio pronóstico: «Las naciones no son eternas. Tienen un inicio, y por tanto llegarán a un final. Una confederación europea las sustituirá en el futuro. Pero ese no es el espíritu de la época en la que vivimos».

Stefan Zweig, que pasó toda su juventud convencido de que la paz mundial estaba a la vuelta de la esquina, acabó por darse cuenta de que su sueño no figuraba tampoco en el espíritu de los tiempos. Era la primavera

Epílogo

Senderos de gloria

El sucesor de la monarca más longeva que había tenido Gran Bretaña sólo reinó nueve años; Eduardo VII murió en 1910 y, a pesar de haber llevado la Corona tan poco tiempo, fue un rey muy popular. Por eso nadie se extrañó de que su funeral fuera aún más multitudinario que el de su madre, la reina Victoria, ni de que acudieran a despedirle aún más miembros de la realeza europea.

Los nueve reyes que posaron con gesto solemne ante la cámara en el funeral del rey Eduardo VII sabían que el mundo había cambiado. Habían vivido los turbulentos años de la Belle Époque y ya no podían refugiarse en la ignorancia de los que tanto temieron que la muerte de la reina Victoria conllevara la muerte de una época. El viejo mundo estaba resquebrajándose ante el empuje del nuevo, causando un verdadero terremoto para los que vivían en él. Algunos se enfrentaron a ello con un



Nueve reyes acudieron al funeral de Eduardo VII en 1910. De izquierda a derecha, de pie, están: Haakon VII de Noruega, Fernando I de Bulgaria, Manuel II de Portugal, Guillermo II de Alemania, Jorge I de Grecia y Alberto I de Bélgica; sentados en la primera fila: Alfonso XIII de España, Jorge V de Inglaterra y Federico VIII de Dinamarca.

optimismo desbordante: casi no podían esperar a que pasaran los años para ver que les deparaba el futuro. Otros se sintieron inseguros y perdidos cuando vieron que la realidad para la que se habían preparado se estaba transformando en otra.

Los protagonistas de la Belle Époque se acostumbraron a un mundo en el que el cambio era la norma. Si se ponían a pensar en el futuro, ya no podían concebir que este fuera indistinguible del presente. Para bien o para mal, vivían inmersos en una realidad cambiante. Todo era posible.

La Belle Époque fue, de hecho, una etapa llena de posibilidades. En los años que la componen se alcanzaron

Bibliografía

- ADUT, Ari. «A theory of scandal: victorians, homosexuality and the fall of Oscar Wilde», En: *American Journal of Sociology*, 2005; vol. 111(1): 213-248.
- ALAIMO, Kathleen. «Adolescence, gender, and class in education reform in France: the development of enseignement primaire superieur, 1880-1910». En: *French Historical Studies*, 1994; vol. 18(4): 1025-1055.
- ANWER, Megha. «Murder in black and white: Victorian crime scenes and the ripper photographs». En: *Victorian Studies*, 2014; vol. 56(3): 433-441.
- BAER, Marc. «Social structure, voting behavior and political change in Victorian London». En: *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, 1977; vol. 9(3): 227-241.